

LOS GEMELOS DE AZUZUL

JUNAJPU Y XBALANQUE DE TEXISTEPEC

Pedro José Bravo Martínez

El sol estaba fulgurante y cayendo a plomo como todos los días de abril y mayo. Con la idea fija de verlos nuevamente, agitado y casi insolado, caminé unos quinientos metros desde la plaza comercial al museo de Antropología en Xalapa. Hacía 23 años de aquel encuentro; sabía que estaban ahí desde hace un par de años pero no había podido escaparme a saludar, ¿serían como los recordaba? Sumergido en las remembranzas, en las conjeturas, sin darme cuenta de pronto me hallé en el vestíbulo del museo, pagué la entrada y rápidamente bajé las primeras escalinatas en las que se encontraba una exposición acerca de la conquista y, en el primer quiebre del pasillo a la derecha, ahí estaban: serenos, impasibles y con los gestos tal y como los recordaba. Ochenta centímetros de altura, uno, con la mirada al frente abarcando horizontes, frío, como si fuese el olvido mismo; el otro, un rostro un tanto compungido, ensimismado; ambos sentados sobre las piernas encorvadas con las pantorrillas como en fuga hacia la derecha, la espalda abatida hacia delante y ambas manos al nivel del suelo, sosteniendo, tal vez, un cetro o una cerbatana. Tan similares y tan diferentes. A torrentes, los recuerdos empezaron a llegar...

Era una mañana normal, como todos los días de trabajo en CFE, con el café a un lado y en la compañía de mis computadoras; una terminal tonta colgada a una PDP-1170, otra a una VAX-RMS y la novedosa y poderosa microcomputadora con 2 driver's para discos de 11 ½ pulgadas, de marca mexicana, integrada si no mal recuerdo en la Cd. de Córdoba Ver. Corría el año de 1987 y yo me encontraba enfrascado en la ingeniería de la disponibilidad aplicada a los sistemas de información de las centrales termoeléctricas, de la Región de Generación Termoeléctrica Golfo, como programador en los sistemas operativos RSTS y el propio de VAX, usando BASIC PLUS II, COBOL, FORTRAN o PASCAL. Todo transcurría como debiera; de pronto, por ahí de las 10 de la mañana, recibí desde Veracruz puerto una llamada telefónica de un gran amigo con quien me une la pasión por la antropología y la arqueología. Yo en calidad de lego lírico, casi poeta, y él de especialista, de científico social.

- Pedro, -me dijo- voy a Xalapa, al canal de televisión, a conseguir una unidad de grabación. Hay un hallazgo muy importante.

- ¿Hallazgo? ¿De qué?

- Unas esculturas monumentales en el sur, en la zona Olmeca, por San Lorenzo Tenochtitlan. ¿Quieres venir?

- ¡Claro! Deja obtener el permiso sindical para ausentarme, pedir unos días sin goce de sueldo y consultar ya sabes a quien (trabajo doméstico).

- Sale, nos vemos en un par de horas.

- Gracias por la invitación Daniel.

- Bueno, tú le sabes a eso de las cámaras y los guiones.

- Jajaja dejaras de ser "harbano", me hablas llegando.

Al colgar el teléfono, de inmediato me encaminé a la realización del trámite y todo se resolvió satisfactoriamente; cerré mi escritorio, apagué las máquinas, firmé la tarjeta y me encaminé a casa, ahí esperé a Daniel Nahmad, en aquel entonces director del INAH Veracruz, para ir al canal 4+ por un equipo de grabación, recurso que finalmente no se consiguió y por tanto mi presencia se desvanecía en la niebla de la desilusión, pero ya estaba el permiso tramitado en el trabajo, por tres días, negociadas las tareas domésticas y, además, una lanita de la que disponía (¡qué tiempos aquellos señor Don Simón!) para hacer el viaje. No había posibilidad de dar marcha atrás y Daniel lo sabía, así que me hice de una cámara para justificar mi presencia y empezamos a devorar kilómetros de asfalto hacia el sur de Veracruz, fumando, platicando, entrando en los pormenores del asunto.

Las esculturas se encontraban en un rancho del municipio de Texistepec Azuzul, llamado propiedad privada, pero había conflicto por su posesión con los pobladores de los ejidos de alrededor. "El conjunto de piezas es un vestigio importante", afirmó Daniel, y empezó una narración sobre la cultura Olmeca situándose en San Lorenzo Tenochtitlan, muy cerca del lugar del hallazgo, entre los años 1200 y 900, en ese momento se desarrollaba uno de los horizontes más antiguos de los orígenes de la civilización mesoamericana, *la civilización del silencio*.

Un poco antes de Santiago Tuxtla, empecé a observar de otra manera el paisaje que se me ofrecía a través de la carretera. Las lomas, los montículos, dejaron de ser caprichosas formas rugosas de la geografía para entenderlas como parte constitutiva de un ciclo de vida, de una forma de vida con milenios de experiencia encima. Las casas de bajareque y barro con techo de palmera en lo alto de las lomas, de montículos, esperando retadoramente el tiempo de las aguas en una batalla incesante por el dominio del terreno desde tiempos Olmecas, jaros¹ que cobijaban a la gente, a los animales, en tiempos de Kukul Kan, Huracán, Tajín, Tlaloc y otras cosmogonías, dando paso a una economía basada en la transportación ribereña.

Al atardecer llegamos a Santiago Tuxtla y nos aposentamos en el hotel antes de buscar a Fernando Bustamante, director en aquel entonces del Museo Tuxteco. El encuentro con él fue precisamente ahí, en el museo, en el marco de la inauguración de una maravillosa y espectacular exposición de arte plumario del Brasil, la cual disfruté al máximo en tanto Daniel platicaba con Fernando, quien de ahí nos acompañó a cenar unas deliciosas fritangas y, por la mañana, después del desayuno, nos recibió nuevamente en el museo. Al llegar nos condujo ante la escultura y piedra de sacrificio llamada El negro, pieza que ha sido motivo de metafísicas emociones, y nos presentó con ella, o así lo interpreté, entrando a la dimensión mística del recorrido, pero la otra, la real, estaba candente, como más tarde me enteré.

—El dueño del terreno es Felipe Alafita Hipólito, presidente municipal de Oluta y se ha formado un comité de los ejidatarios para impedir que las esculturas sean trasladadas a otro lugar—, despepitó Daniel al salir del museo y subirnos al auto, supuse que tal información fue parte de la plática que sostuvo la noche anterior con Fernando, —así que vamos a entrevistarnos con Felipe Alafita al lugar donde nació La Malinche—. Llegamos a Acayucan por ahí del medio día y, como es natural a esa hora, sientes que te dan cachetadas con comal, para ese entonces el ánimo inicial había decaído un poco, era un tanto inquietante saber que estábamos metiéndonos al ojo de un huracán, al parecer, de contradicciones y viejas rencillas entre los ejidatarios y el hombre fuerte de Oluta.

Llegamos directamente a la casa de Alafita, quien nos recibió de manera amable. Francamente no podría reproducir la plática porque no me acuerdo y podría inventar más de la cuenta, pero sí recuerdo destacadamente la actitud institucional representada por el antropólogo Daniel Nahmad. No duró mucho la visita, escasos veinte minutos. Apresurados salimos de Oluta y nos dirigimos a Texistepec y de ahí a San Lorenzo Tenochtitlan a través de intrincados caminos vecinales, laberinto descifrado por Daniel. Ya nos esperaba una comitiva para adentrarnos al lugar del hallazgo. Eran tal vez las dos treinta, o tres de la tarde.

Estacionamos el auto y nos dirigimos hacia el grupo de gente que nos esperaba con montura para cada quien, el saludo fue muy especial, una forma de tomar la mano casi chamánica. Tres personajes (campesinos, recios, no muy nuevos que digamos, de mirar profundo y muy serenos en

su conducta) imponían una presencia que abría puertas a la imaginación y a las profundidades de un conocimiento milenario. Me impactó. Fue un abrir el camino hacia el pasado, a 3200 años atrás, en medio de un paisaje exuberante, verde, con pastizales inmensos en extensión y altitud (hasta dos o tres metros de altura), ceibas, palos mulatos, flores, mariposas, aves, lagunas, todo en exceso.

La caravana avanzó y a su paso, cada 300 ó 400 m, encontrábamos a alguien en cabalgadura apostado a orilla del camino. No recuerdo qué distancia recorrimos o cuánto tiempo hicimos hasta llegar al lugar donde se encontraban las esculturas. Desmontamos a la orilla de la loma y subimos a pie, casi al llegar a ellas se formó un valla humana, la gente estaba maravillada, había una atmósfera sacra, era un ambiente cargado de profunda contemplación. Estaban bajo un tinglado hecho por personal del mismo INAH que les daba sombra y las protegía de las inclemencias de ese sol abrazador que se ufana a la hora del venado macho. Daniel dio una rápida mirada a las piezas y se dispuso al diálogo con los representantes en su calidad de funcionario del INAH. Yo quedé absorto ante las esculturas (los gemelos y un hombre-niño-jaguar) y me quedé contemplándolas largo rato, tal vez veinte o treinta minutos. Las miraba de frente, por un lado, me acercaba, me alejaba, había algo en ellas que me atrapaba. Recorrí mentalmente lecturas, imágenes, poemas y, con mi corto dominio de lo arqueológico, concluí.

De pronto, di vuelta y quedé de espaldas a las esculturas, de frente a la gente que me miraba con expectativa, tal vez pensaron que tenía alguna autoridad académica como para dar un dictamen y conmovido por lo que el paisaje me decía, por el hallazgo mismo, por la necesidad que a flor de piel manifestaba la gente de confirmar que estaban ante algo excepcional y por lo que pensé de las propias esculturas, francamente no me resistí ante el irresponsable impulso de hablar y (sin miramientos ni consideraciones, a boca jarro) dije convencido, sin mácula alguna de pretensiones protagónicas sino prácticamente extasiado y aunque en la explicación me estorbaba la figura humanoide del hombre-niño-jaguar porque me orientaba hacia una trinidad, afirmé convencido que estábamos ante uno de los hallazgos más importantes, por que el conjunto escultórico me hacía pensar en uno de los vestigios más antiguos de lo que podría ser el mito de Quetzalcóatl. Estábamos ante potencias que representaban una dualidad con probabilidades de ser más antiguas que las cabezas monumentales de San Lorenzo y que muy probablemente el lugar encerraba aún más secretos, pues era evidente que estábamos ante un trazo urbano.

Quedé absorto ante las esculturas (los gemelos y un hombre-niño-jaguar) y me quedé contemplándolas largo rato, tal vez veinte o treinta minutos. Las miraba de frente, por un lado, me acercaba, me alejaba, había algo en ellas que me atrapaba

¹Mancha algo espesa en un monte bajo.

¿Por qué dije eso?, sólo dios sabe, pero estábamos ante una situación de excepción, con altas probabilidades de ser secuestrados o, por decir amablemente, retenidos: los instintos se agudizan. Hasta ese momento me percaté que había gente armada y que unas semanas antes, cerca de ahí (en Hidalgotitlán), habían matado a un grupo de agentes de la Federal de Seguridad. Al traer a la conciencia estos acontecimientos quedé paralizado y Daniel tuvo que entrar al quite, platicar a la gente más a detalle sobre la civilización Olmeca y de vez en cuando, como para no perder el status de investigador alcanzado in situ, me atrevía a intervenir. Así nos dieron un poco más de las seis de la tarde, en lo alto de la loma con la gente escuchando, en cuclillas, sentados, parados o recostados sobre el suelo, tranquilos, atentos. Fue la hora en la que empezamos a sentir hambre y los tonos rojizos anunciaban que el sol se ocultaba.

Apresurados salimos de Oluta y nos dirigimos a Texistepec y de ahí a San Lorenzo Tenochtitlan a través de intrincados caminos vecinales, laberinto descifrado por Daniel. Ya nos esperaba una comitiva para adentrarnos al lugar del hallazgo

La idea que tenía del regreso a San Lorenzo Tenochtitlan fue muy diferente a la realidad, cuando subimos a la montura y arrancamos en sentido opuesto de donde habíamos llegado me invadió una especie de angustia pero no me atreví a preguntar, Daniel estaba muy sereno lo cual me dio confianza y en mis adentros dije 'Cordero de Dios'. Avanzado un buen tramo, ya en plena noche, llegamos a un paraje en el que nos hicieron bajar de los palafrenes, como ya estábamos en confianza pensé que querían descansar y fumar, platicar un rato, pero rápidamente nos acercaron a una piedra monumental y, a lengüetazos de luz con lámparas de mano que encendieron, nos mostraron sus relieves. Era una escultura muy deteriorada, pero el conjunto de su vista nos mostró una mujer copulando con un jaguar ¡un encantamiento más! No dije nada, no hablé, a Daniel le consta, pero qué sorpresa, de pronto sentí estar ante algo más primigenio, no sólo desde el punto de vista estético, estilístico, arqueológico, sino tal vez, más desde un punto de vista psicológico ¿Qué diría Freud de esto? ¿sería la respuesta a Carl Jung y sus arquetipos, su inconciente colectivo? ¿serían éstas las preguntas a realizar? En fin, después de fumarnos un cigarro y contemplar la escultura lámparas en mano, subimos a las monturas y anduvimos otro tiempo, al paso, a oscuras entre veredas y llegamos a un caserío, en donde por fin íbamos a comer algo. Me imaginé todo lo posible, pero jamás lo que me esperaba.

Al centro del patio del caserío se hizo una fogata y al calor de las brasas y fuego comimos un par de huevos estrellados y frijoles, me hubieran sabido a gloria de no ser porque el único alimento que no como es el huevo crudo, ese sabor de la yema cruda es insoportable, no puedo, me es abominable, pero no podía rechazarlo porque tal vez a alguien



Descubrimiento del Jaguar de Azulul, municipio de Texistepec, foto donada por la Arqlga. Ma. de la Luz Aguilar Rojas que aparece en la excavación.

se le estaba privando para brindárnoslo, sería una grosería rechazarlos así que, ojo de hormiga, y prácticamente vacié la lata de chiles curtidos que rolaron, no me quedó de otra, algunos voltearon extrañados al ver la exageración, por la excentricidad que estaba haciendo o porque sabían bien de las consecuencias que sufriría.

Después de unas cervecitas al tiempo, casi calientes como caldos, pasamos a los dormitorios, dos catres nos esperaban en una habitación, casa de bajareque y palma. A mi me tocó el catre que daba a una ventana, corría un aire húmedo, dormí fresco hasta las 5 de la mañana cuando un tigre atacó mi estómago, qué digo tigre ¡un dragón! Me estaba matando, pero lo arrinconé poniéndome en posición fetal y apretándome las tripas con las manos, sudaba profusamente, me sentí un poco mareado, brevemente lo calmé, de pronto daba zarpazos. Fríamente calculé el terreno, el recorrido y los aditamentos para la batalla que me esperaba. En una de esas en que el dragón estaba un tanto en reposo, aproveché y saqué de mis bolsillos cerillos y cigarro y apresuradamente salí (regresé por papel), me valió un carajo si había perros o no, el campo de batalla me esperaba; lo dejé como trepadero de mapache.

Después de la mística experiencia, un tanto en calma, prendí el cigarro, los tonos del amanecer se anunciaron y con ello el despertar de la laguna que prácticamente estaba a mis pies. Desperté con ella. Cada uno de sus moradores dio los buenos días, el sapo, el grillo, el poche, los pájaros. Cantos, graznidos, silbidos, gruñidos jamás escuchados por mí, una sinfonía in crescendo, unos colores indescriptibles, brillantes, similares a aquellos que se ven cuando corres a campo traviesa unos once kilómetros, te sobre oxigenas. Empecé a sentirme parte de la laguna y todo pensamiento que de mí salía era para sentirme flor, colibrí, árbol.

Así pasé un buen rato siendo aire, bruma, planta, animal, conduciendo nubes a soplidos o con las manos, nunca había sentido tal contacto con la naturaleza, mejor dicho, nunca me había sentido parte de la naturaleza hasta esa

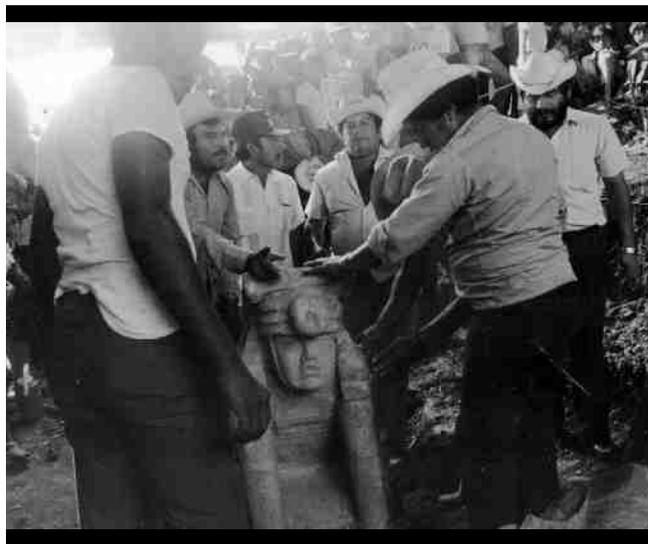
Cada uno de sus moradores dio los buenos días, el sapo, el grillo, el poche, los pájaros. Cantos, graznidos, silbidos, gruñidos jamás escuchados por mí, una sinfonía in crescendo, unos colores indescriptibles, brillantes, similares a aquellos que se ven cuando corres a campo traviesa unos once kilómetros, te sobre oxigenas.

ocasión, ni el paisaje recorrido con los indios seri con su visión de horizontes marinos, o los coras y huicholes en el cálido y peyotero desierto, o los rarámuris con su visión de águila desde los despeñaderos y acantilados de sus montañas me habían despertado tales sensaciones. De pronto alguien me zarandó por un hombro, era Daniel preguntándome si me sentía bien. “Si, claro, sólo un poco ausente”, respondí. “Está encantado, así pasa aquí”, dijo uno de los anfitriones.

Inmediatamente, aún poseído, tomamos algo ligero, un café, un pan, pues el plato fuerte se reservó para el desayuno que íbamos a tener con Felipe Alafita y los representantes de los ejidos. No tengo presente el traslado hacia Oluta, tampoco sabría específicamente qué se dijo durante el encuentro, prácticamente estaba en otra dimensión, no obstante, aún puedo recurrir a imágenes guardadas en mi memoria por la huella que ocasionó todo el recorrido. En algún restaurante de Oluta, en una mesa larga, en uno de los lados, de espalda a la pared, Felipe y sus ayudantes, del otro lado y, ocupando ambas cabeceras, los representantes de los ejidatarios y los chamanes que nos recibieron al inicio. Daniel y yo quedamos en medio de los campos (no sé si involuntariamente), la negociación empezó en medio de fieras miradas, llenas de resentimientos y desconfianzas.

Transcurrió el tiempo y, de vez en cuando, de ambas partes se escucharon palmadas sobre la mesa, movimientos amenazantes, agresivos. De repente, volteé la mirada buscando a Daniel, lo vi preocupado, pero en esos momentos me sentí más allá del bien y el mal y empecé a obsequiar sonrisas y dije algo que no recuerdo. Después de un buen rato, y los dotes diplomáticos de Daniel, finalmente la negociación quedó en “buenos términos”, las esculturas se quedaban in situ bajo resguardo del INAH y bajo promesas del desarrollo de infraestructura; carreteras, escuelas y hospitales. Llegando al puerto de Veracruz platicamos con los amigos, con Carmen y Ponciano quienes estaban muy próximos en tiempo del hallazgo de los mascarones de madera en el Manatí.

Días después, ya en Xalapa, visité al maestro Francisco Beverido (+ QPD) con motivo de un programa de computadora que él tenía sobre astronomía, lo cual pasó a segundo término después de que le platiqué todas mis impresiones sobre el hallazgo en el rancho Azulul, en la Loma del Sapo y sobre la escultura de la mujer copulando con un jaguar. Me instruyó sobre los diversos mitos de Quetzalcóatl y en especial del más antiguo en las tradiciones mesoamericanas, aquel



Descubrimiento de los Gemelos de Azulul, municipio de Texistepec
Foto: Ignacio León

que plantea a Venus, el planeta, como los gemelos héroes narrados en el Popol Vuh, Junajpu y Xbalanque, mi sorpresa fue mayúscula porque de ser así estábamos ante uno de los hallazgos arqueológicos mesoamericanos más importantes, que además enlazaba a la cultura Olmeca con la Maya. Pero no dejé de sorprenderme, el maestro Beverido me pidió que regresara días después ya que tenía que mostrarme un documento que él quería que leyera. Así fue, al tiempo convenido me encontré con él y me dio unas cuartillas impresas en máquina de escribir, de las antiguas, que narraba el mito de una tribu en Brasil sobre una mujer copulando con un jaguar, acto del que emergen hombres, niños jaguares como cuna de la civilización, tal como en la tradición Olmeca detallada por Cohen y Stirling.

Los recuerdos dejaron de fluir abruptamente al escuchar la amable voz de una de las guías del museo que me platicaba lo difícil que fue sacar las esculturas del rancho del Azulul, ese día llovió como nunca y el transporte en que los habían subido se atascó más de una vez, “no querían salir de ahí”, afirmó convencida. De pronto, me di cuenta que no eran tres las esculturas expuestas en el museo, sino cuatro, los dos gemelos y dos hombres-niños-jaguares ¡uno más! Inmediatamente interpele a la compañera preguntando sobre esta última escultura ¿Qué hacía ahí? ¿de dónde era? Me aclaró que las cuatro esculturas habían sido encontradas ahí, en el rancho El Azulul. Al principio la noticia me desconcertó terriblemente pero retomé la calma, el sosiego, al recordar cómo en el Popol Vuh, en el transcurso de las narraciones de las aventuras de los héroes, los gemelos a veces eran representados por figuras míticas. No cabe duda que la civilización Olmeca aún nos depara sorpresas.